

ra hacernos sentir la necesidad del don que de ellas nos preserva? En vano el mundo actual multiplica las revoluciones para llegar á la libertad. Una sola revolucion puede traérsela: esta no es otra que la revolucion moral, la cual quebrantando la tinaria de la lujuria y de sus satélites, lo colocará bajo el imperio del Espíritu de sabiduría. De otro modo, no.

Llegados al último de los siete dones, echemos una mirada retrospectiva á nuestro trabajo. Hasta aquí hemos estudiado los dones del Espíritu Santo en sí mismos. Mas este estudio, por muy importante que sea, no basta. Para conocer bien los dones del Espíritu Santo, se necesita verlos en accion. Solo así será posible conocer toda su belleza, y su poderosa fecundidad, y su necesidad, y su aplicacion á los actos de la vida, y lo que influyen en la felicidad del mundo. Tal es el nuevo horizonte que se va á abrir ante nuestros ojos.

CAPITULO XXXIV.

LAS BIENAVENTURANZAS.

SUMARIO.—Resúmen del estudio sobre los dones del Espíritu Santo.—Son principios activos.—Lo que producen.—Lo que son las Bienaventuranzas.—De dónde viene su nombre, cuál sea su número.—Se adaptan á las diferentes edades de la vida.—Relacion que dicen con la felicidad de cada hombre.—Cómo promueven el bien de la sociedad.—Superioridad que tienen sobre las virtudes.—Su orden gerárquico.—Relacion de cada Bienaventuranza con su recompensa.—Grados de la recompensa.

El estudio que hemos hecho de los dones del Espíritu Santo puede resumirse en las verdades siguientes: los dones del Espíritu Santo son los principios deificadores del hombre y de la sociedad; el mundo les debe todo lo que tiene de verdaderamente bueno. Al don de temor de Dios, debe sus grandes hombres; al don de piedad, sus innumerables asilos para todas las miserias; al don de ciencia, sus afirmaciones ciertas y sus sábios de buena ley; al don de consejo, la multitud de sus vírgenes y todos sus servicios gratuitos de caridad; al don de inteligencia, la superioridad intelectual que tiene sobre las naciones que no son cristianas ó han dejado de serlo; al don de sabiduría, esos sublimes locos que se llaman santos, y son luz, gloria y salud de la humanidad (1).

A los dones del Espíritu Santo se oponen los siete pecados capitales, principios corruptores del hombre y del mundo, dones satánicos que producen efectos proporcionados á

1. Nos stulti propter Christum. I Cor., iv, 10.—Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes. *Id.*, i, 23.

su naturaleza, á los que deben atribuirse todas las vergüenzas y todos los crímenes del linaje humano.

Como quiera que el hombre y el mundo viven bajo la influencia del Espíritu del bien ó del Espíritu del mal, resulta que desde la caída primitiva obedecen á un impulso septiforme: septiforme es, y debe serlo. Por una parte, el Espíritu Santo, es inseparable de sus dones, como Satanás de los suyos. Por otra, este impulso debe alcanzar á todas las facultades del hombre y determinar, como de hecho determina, sus operaciones, buenas ó malas. Tales son los dos principios que mueven á los hombres. El mundo, dirigido por el soplo del Espíritu Santo, es un navío que á velas desplegadas se dirige al puerto: dirigido por el soplo del Espíritu maligno, es una nave sin brújula que acaba infaliblemente por perderse. Si se quiere, pues, vaticinar la suerte futura de cualquier reino ó de cualquier época, no se necesita sino ver á qué impulso obedecen.

En medio de esto, la deificación del hombre, comenzada por el Verbo y continuada por el Espíritu Santo, no ha llegado aun á su perfeccion. Los siete dones divinos no son en nosotros fuerzas dormidas: son otros tantos principios activos que deben manifestarse por medio de operaciones proporcionadas á la naturaleza y objeto de cada cual. No de otro modo el árbol, cuya savia se pone en movimiento por el calor del sol, debe producir hojas, flores y frutos, segun su especie. La comparacion evangélica, que ya nos ha hecho sensible la diferencia entre las virtudes y los dones, nos hará tambien comprender la diferencia entre los dones y las *bienaventuranzas*.

¿Qué se entiende por bienaventuranzas? ¿De dónde viene este nombre? ¿Cuántas son? ¿Qué relacion guardan con la felicidad de cada hombre? ¿Cómo contribuyen al bien de

la sociedad? ¿En qué son superiores á las virtudes? ¿Cuál es su orden gerárquico? ¿Cuáles sus relaciones con los dones del Espíritu Santo? Estas cuestiones comprenden en su conjunto, á juicio nuestro, una materia tan poco conocida y no menos interesante que los dones del Espíritu Santo.

1º ¿Qué se entiende por bienaventuranzas? *Las bienaventuranzas son los dones del Espíritu Santo en accion* (1). Pasa con el cristiano lo mismo que con el árbol. Cuando ha recibido en el Bautismo la vida divina y con ella las virtudes infusas; cuando el Espíritu Santo ha venido con sus siete dones á poner en movimiento todas esas virtudes, como el calor lo hace con la savia, el cristiano puede y debe practicar ciertos actos de perfeccion sobrenatural que lo encaminan á su último fin (2).

Estos actos se llaman bienaventuranzas, esto es, *beatificos*. Diferencianse de las virtudes y los dones, como el efecto se diferencia de la causa, el arroyo del manantial y la flor del árbol; ó por hablar el lenguaje teológico, como la facultad en acto se diferencia de la facultad en potencia. “Las bienaventuranzas, dice Santo Tomás, se distinguen de las virtudes y los dones, como los actos de los hábitos (3). De esta manera, las bienaventuranzas no son, como su nombre parece indicarlo, hábitos ó estados permanentes, sino actos transitorios, producidos por hábitos permanentes que se llaman dones del Espíritu Santo.

2º ¿De dónde viene su nombre? El nombre tan dulce y tan poco conocido de bienaventuranzas significa *dicha per-*

1. Beatitudines distinguuntur á donis et virtutibus, sicut actus ab habitibus. *Fig.*, c. xiii, p. 9.

2. No es necesario decir que todo esto se hace simultáneamente y con una sola operacion.

3. Beatitudines distinguuntur quidem á virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. 1. 2, q. 49, art. 1.

fecta, reposo final. "La bienaventuranza, dice un gran teólogo, es el soberano bien, el fin último: todos convienen en esto. Y entendemos por soberano bien el que tiene todas las cualidades del bien y ninguna del mal, y no le falta nada, ni se le puede añadir nada; el cual consta que no es más que uno, á saber, Dios que es bondad infinita, de quien todos los demás bienes dependen en su sér, origen y conservación; y cuya posesion hace bienaventurados á los ángeles y á los hombres que participan de su bienaventuranza uniéndose á El (1)."

Ahora bien, la bienaventuranza es el fin último de la vida humana (2). Tan cierta es esta verdad, que el hombre podrá, sí, falsear la ley que le inclina á la felicidad; mas no podrá sustraerse á ella. A sabiendas ó sin saberlo, por el camino del crimen ó por las sendas de la virtud, trabaja noche y dia por la felicidad: tranquilo y contento, si la encuentra; inquieto y desgraciado, si la persigue en vano. Es como la aguja imantada, que sometida á una atraccion misteriosa, gravita incesantemente hácia el polo, y no para hasta ponerse en relacion directa con este punto del cielo.

Si la bienaventuranza es la felicidad perfecta y la felicidad perfecta es la plena posesion de Dios, tres cosas resultan evidentes. La primera: que con relacion al hombre, la bienaventuranza es á un mismo tiempo perfecta é imperfecta. Imperfecta en el mundo, donde no vemos á Dios, soberano bien, sino al través de las sombras de la fe, y no lo poseemos sino imperfectamente. Perfecta en el cielo, donde veremos á Dios cara á cara y lo poseeremos sin temor de perderlo nunca jamás. La segunda: que el hombre no llega

1. *Vig.*, c. xiv.

2. *Beatitudo est ultimus finis humanæ vitæ. S. Th.*, l. 2, q. 69, art. 1.

á su fin de un salto. La tercera: que su fin, ó la bienaventuranza no es, ni puede ser de este mundo.

En estas verdades de lógica y de buen sentido se encuentra, digámoslo de paso, la prueba sin réplica de tres puntos fundamentales: la existencia de la otra vida, la libertad humana y la obligacion que el hombre tiene, durante su paso por el mundo, de encaminarse á su fin con progreso continuo; que no para otra cosa le ha sido dado el tiempo. Este progreso, como camino que es para la bienaventuranza, es ya la bienaventuranza incoada. De donde proviene, que en su lenguaje profundamente filosófico, llama el Evangelio *bienaventuranzas* á ciertos actos de la vida presente, que conducen más directamente á la bienaventuranza de la otra.

Desenvolviendo el texto sagrado, añade la teología católica, que se les da el nombre de bienaventuranzas por dos razones. La primera: porque nos hacen felices acá en la tierra. Es un hecho de experiencia universal, que la mayor suma de contento, aun en este mundo, la disfruta el cristiano que practica fielmente los siete actos sublimes que el Verbo encarnado llamó bienaventuranzas. La segunda: porque nos conducen más directamente á la bienaventuranza final, de que nos hacen gozar con la esperanza, á la manera que de alguna persona suele decirse, que ha conseguido el objeto de sus deseos cuando tiene esperanza, fundada de obtenerlo. ¿No escribió el mismo Apóstol: *Hemos sido hechos salvos en la esperanza?* Pues la esperanza de alcanzar nuestro último fin se funda en algo que nos dispone y nos acerca á él. Este algo consiste en las operaciones de los dones del Espíritu Santo; y por esto se llaman bienaventuranzas, ó actos *beatíficos* (1).

1. *Dicitur enim aliquis jam finem habere propter spem finis obtinendi. . . . Spes autem de fine consequendo insurgit ex hoc*

Justificaremos de una manera sensible este nombre de bienaventuranza, cuando expliquemos las relaciones de cada una con el don correspondiente. Y lo haremos con el fin de que se vea que las cosas de que el Evangelio hace depender la felicidad, no son el manantial de una simple felicidad *mística*, como ahora dicen, en significacion de puramente espiritual y casi imaginaria. La verdad es, que bajo todos los aspectos y en la más lata acepcion de la palabra, las bienaventuranzas producen lo que su nombre expresa. Para la vida presente, lo mismo que para la futura, son realmente manantial de felicidad.

3º ¿Cuántas son las bienaventuranzas? Siete contamos segun los concilios y Santo Tomás. La octava, enunciada por San Mateo, no es sino la confirmacion y manifestacion de las otras. En efecto, desde que el hombre está afianzado en la pobreza espiritual, en la mansedumbre y demás beatitudes, la persecucion es impotente para apartarlo de estos bienes inestimables (1).

Las razones de este número siete se revelan por sí mismas. Por una parte, bastan siete bienaventuranzas para *quod aliquis convenienter movetur ad finem, et appropinquat ad ipsum; quod quidem fit per aliquam actionem. Ad finem autem beatitudinis movetur aliquis et appropinquat per operationes virtutum, et præcipue donorum, si loquamur de beatitudine æterna, ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cujus obedientiam et sequelam per dona perficimur. Et ideo beatitudines distinguuntur quidem à virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. S. Th.; l. 2, q. 69, art. 1.*

1. Octava beatitudo est quædam confirmatio et manifestatio omnium præcedentium. Ex hoc enim quod aliquis est confirmatus in paupertate Spiritus et mititate, et aliis sequentibus, provenit quod ab his bonis propter aliquam persecutionem non recedit. Unde octava beatitudo quodammodo ad septem præcedentes pertinet. *S. Th., ibid., art. 3.*—Este es también el parecer de San Agustín, San Antonino, el concilio de Vaures, c. 1, &

constituir la felicidad: menos, seria poco; más seria inútil. Por otra, no siendo las bienaventuranzas ó actos beatíficos sino las operaciones de los dones del Espíritu Santo, ó más bien, estos mismos dones en accion, no pueden ser más que siete. Además, segun teólogos profundos, estas siete beatitudes guardan relacion con las siete edades de la vida del hombre; así como estas siete edades del hombre están en armonía con las siete edades del mundo y éstas á su vez, con los siete dias de la creacion (1).

4º ¿Qué relacion tienen las bienaventuranzas con la felicidad de cada hombre? “La vida presente, dice San Antonino, se divide en siete edades, durante las cuales el Verbo encarnado se ha hecho nuestro regulador universal, mediante las siete bienaventuranzas. Estas, que no son sino actos virtuosos, debe el hombre tenerlas todas y siempre; pero acomodando cada una en particular á la edad en que se encuentra. En esto consiste el principio de su dicha (2).”

La primera edad es la infancia, que comprende desde el nacimiento hasta los siete años. Las virtudes y los encantos de este período de la vida son el cariño, la humildad, el desprendimiento, la sencillez, el candor. El niño que esto tiene, expresa en sí mismo la semejanza con el Dios-niño: marcha hácia el fin para que fué criado; es feliz. Esta es la primera bienaventuranza, y evidentemente la que mejor conviene á la primera edad: *Beati pauperes spiritu.*

1. *S. Anton., IV, p., tit. VII, c. 5.*

2. Vita præsens distinguitur per septem ætates, in quibus omnibus regulat nos Christus per septem beatitudines: Omnes istas quæ aliud non sunt quam actus virtuosos, debet quilibet habere simul habitualiter. Licet quælibet per se adaptari possit uni ætati hominum. *Ubi supra.*—Esta division setenaria de la vida se relaciona probablemente con la revolucion climática que se verifica en nosotros, cada siete años, y que se tomaba seriamente en cuenta por los fisiólogos antiguos.